

1 de mayo de 1984

Presidente de la República

Belisario Betancur Cuartas

«Aceptamos desafío a narcotraficantes».

Alocución televisada a propósito del asesinato de Rodrigo Lara Bonilla.

Compatriotas:

El gobierno de Colombia y en forma personal el presidente de la república, expresan al cual que todas las gentes de bien su pesadumbre por la muerte del ministro de Justicia, doctor Rodrigo Lara Bonilla, víctima del cumplimiento del deber y de la lucha que adelantaba contra la delincuencia organizada que trata de enseñorearse del país, el profundo dolor que nos embarca y la solidaridad nacional con la señora madre, con la esposa, con los hijos, con todos los familiares, con los paisanos del doctor Lara Bonilla. Debe servirnos de lección a todos, principalmente a quienes ejercemos la autoridad sobre lo amargo y escabroso que es el camino de la paz y de la justicia en torno de los peligros que se ciernen sobre un pueblo cuando se debilitan sus reservas morales, el de la paz es, conciudadanos, un ideal con muchos rostros y por lo mismo un ideal esquivo.

Hemos estado empeñados en lograrla, en el aspecto político con tan desigual fortuna, que ni siquiera la serenidad con que se decretó el estado de sitio solo para cuatro departamentos afectados por acciones intolerables de los alzados en armas y el televidente presencia de grandes centros de operaciones de los empresarios del narcotráfico, ni siquiera eso sirvió para que se produjeran los gestos que esperaban el gobierno y la comunidad. Por el contrario, se ha producido una escalada de violencia que con razón tiene alarmadas a las gentes de bien.

Pero simultáneamente y en condiciones adversas, tanto desde el punto de vista de los medios materiales de que disponemos hasta del referente a problemas de procedimiento penal, desatamos una campaña sin tregua contra esos delincuentes que siembran el terror en ciudades, campos y aldeas.

Hace exactamente un mes expresé por este mismo medio mi angustia frente a tal situación, cuando al ha-

blar de una primera luz de esperanza en la brega por la paz, dije que, si ese paso resultaba firme, podríamos dedicarnos a una labor no menos importante, y lo dije con estas palabras que hoy con profundo dolor quiero repetir. Dije, recobrar la dignidad nacional que nos ha arrebatado el narcotráfico exhibiéndonos en esa negra imagen ante el mundo y enfermando a nuestra juventud pervirtiéndola con la droga, esa es la gran tarea que tenemos por delante. Denunciarlos día a día, notificarles que no pueden seguir desquiciando nuestra sociedad a la que ellos mismos pretenden, decirle en un gran coro nacional ¡Basta!

Y agregaba en esa misma oportunidad, debemos dejar de hablar en tono divertido, como si fuera tema de poca monta, de las cosas que están pasando con el imperio de esos dineros. El problema más grande que ha tenido Colombia en su historia es el de la droga. Su efecto tenebroso en nuestra gente, en su salud, en su moral, ahí se sintetizó dramáticamente, todo lo de nuestra pobreza, de nuestro desempleo, del alejamiento de los valores físicos, de los valores morales, de los valores básicos. Dicho de una manera, es tratar de rescatar una sociedad que muchas causas les hicieron sentir a esas gentes como ajena, extraña, casi inexistente. De ahí la alta cirugía en que debe convertirse la nueva lucha infatigable, insomne y denotada por paz moral.

Cada concejal que aparece decía, en un municipio por cuenta de la droga, bien puede equivaler a tres, cuatro o cinco o más frentes guerrilleros en la apartada montaña.

Cada familia de antecedentes honestos, que entra al servicio de la droga significa algo similar, no a tomar un fusil por ideales políticos concretos o vagos, sino al engrosamiento del ejército del nuevo anarquismo creado por la demoledora quimera de esos dineros fáciles que permiten vidas opulentas o extravagantes.

Pues bien, compatriotas. Hoy estamos ante la ineludible realidad: un colombiano ejemplar, un hombre de bien, pago con su vida el amor a su patria, a la justicia y al servicio a veces obstinado de lo que es cumplir el deber con entereza, al poner a plena conciencia, la virtud, el sentido de los valores que hacen respetables a los seres humanos y a las naciones por encima aún del más elemental sentido de seguridad personal y de supervivencia.

El Estado no puede tomar revancha y menos a propósito del sacrificio de quien lo representaba con honor y rindiendo culto precisamente a la justicia, esa idea que hoy ha penetrado a nuestras mentes, a nuestros corazones, ojalá no por unos momentos ni por unos días, sino como una realidad, como una necesidad cuya presencia se ha grabado con sangre en la historia de Colombia, en la historia de la vida de cada uno de nosotros.

Por esas y muchas razones más, seguimos tras de la paz. Y vamos a buscarla por diversos caminos, ya que como lo decía antes, se nos aparece esquiva y no podemos seguir ensimismados por una misma ruta. Las medidas extraordinarias que necesitamos las vamos a adoptar sin vacilaciones, con prudente firmeza. Quienes se estén acogiendo de buena fe, con buena voluntad y con sinceridad a nuestra acción pacificadora, nada tienen que temer, porque nuestro propósito no ha variado, sigue siendo la paz. Pero para los insensatos, para los recalcitrantes, para los enemigos públicos declarados, no habrá consideración distinta de la aplicación de la ley. Nuestro Estado no permitirá jamás la destrucción de la sociedad. Y actuamos bajo el signo del respeto a los derechos humanos, la comunidad y el Estado que la representa pueden brindar protección

sin lanzarse a excesos. Pero vamos sobre todo a librarnos de la guerra contra los narcotraficantes. El gobierno de Colombia les acepta el desafío.

Para esa declaratoria, sabemos que podemos contar con el apoyo de los colombianos decentes que son la abrumadora mayoría. Vamos a contar con el Congreso de la república y con los partidos políticos, tan lúcidos, tan representativos de lo que es el patriotismo completo. Vamos a contar con la honestidad, con el valor, con el sentido del derecho y de la justicia de los jueces colombianos, para que no se siga diciendo indebidamente e injustamente que no están a la altura de su compromiso con la seguridad ciudadana. En fin, vamos a hacer una movilización nacional. Ningún hombre o mujer colombiano, niño, joven o adulto, rico o pobre, puede callar por interés o por temor. Su seguridad personal, su futuro, el futuro de esta patria, a veces amarga pero siempre querida, exigen la participación en esta nueva tarea de independencia.

Vamos a rescatar la dignidad nacional que tiene secuestrada los narcotraficantes. No hay afán de venganza sobre la joven tumba del patriota Rodrigo Lara Bonilla. El puñado de tierra colombiana que arrojaremos apesadumbrados sobre su cuerpo inerte expresará un gran dolor nacional, un gran dolor personal, pero ante todo expresará el orgullo, dirá la esperanza de la patria a la que el amo y honra como los grandes héroes a cuyo panteón pertenece ya, pues le hizo el supremo sacrificio de su vida.

Seamos todos dignos de la memoria de Rodrigo Lara Bonilla.

Buenos días.

